

ala delta

Manuel

ALONSO ERAUSQUIN

**UNA DRAGONA
EN APUROS**



Belinda apareció un día en el pueblo de Lagolargo y decidió establecer allí su residencia. No habría nada extraño en ello si Belinda no fuese una dragona. Bastante esfuerzo le costó el aprendizaje de la vida «civilizada», por ejemplo, dominar la debilidad que sentía por los dulces y los pasteles.

Manuel Alonso Erausquin, accésit del *Premio Lazarillo de Literatura Infantil*, es periodista y profesor de la Facultad de Ciencias de la Información. En sus obras se multiplican las situaciones insólitas que provocan la sonrisa del lector.

Índice de contenido

Cubierta

Una dragona en apuros

Prefacio

1. Fiesta y adopción
2. Torpeza y adaptación
3. Recompensa con traición
4. Ingeniosa confrontación
5. Magia de transformación
6. Un príncipe sin parangón
7. Prodigios al alimón
8. Artístico colofón

ANTES de que los dragones recibieran acomodo y ocupación en los cuentos, vagaban y vagaban sin rumbo fijo por el mundo. Durante años y siglos recorrieron selvas, montañas, costas y estepas, caminaron de aldea en aldea y saltaron de un reino a otro, buscando reposo y tranquilidad. Pero eran rechazados en todos los lugares.

Jamás se adaptaron los dragones a que las personas y los demás animales se asustasen de su piel verde o azulada, y de los vapores de fuego que expulsaban por los hocicos. Ese rechazo continuado, caprichoso, injusto, fue tornándolos tristes, toscos y malhumorados. Su carácter se hizo más agrio cada vez, comenzaron a sufrir persecución, y solamente hallaron sitio en tantas y tantas historias de monstruos malvados.

Pero algunos escaparon de ese fatal destino. Entre ellos, Belinda, una dragona agraciada con la suerte de hallar amigos capaces de darle cariño. Una dragona que consiguió ser auténtica y cabal, y a la que nadie conoció nunca de mal genio o dando un bufido fuera de tono.

1. Fiesta y adopción

BELINDA fue aceptada y acogida en Lagolargo, un pueblecito al que llegó mientras se celebraban las fiestas de Carnaval. Vecinos y forasteros de todas las edades, engalanados con disfraces y con adornos multicolores, bailaban en la plaza y las callejuelas, moviéndose a los sonos de flautas, violines, trombones y panderos.

Al principio, nadie hizo caso de ella, nadie se extrañó de su aparatosa presencia. Todos suponían que era una dragona de farsa, una simple funda de tela llamativa, dentro de la que andaban y brincaban los titiriteros, para dar movimiento y fuerza a una fantástica criatura imaginaria. Algunos admiraban el brillo de su piel azul turquesa, moteada de lunares rojos, granates y amarillos. Otros destacaban la elasticidad de sus tres colas, y el gracejo y la soltura con que Belinda las movía. Otros, en fin, ensalzaban la belleza de su narizota rosada y la elegancia de sus largos y finos bigotes de nieve.

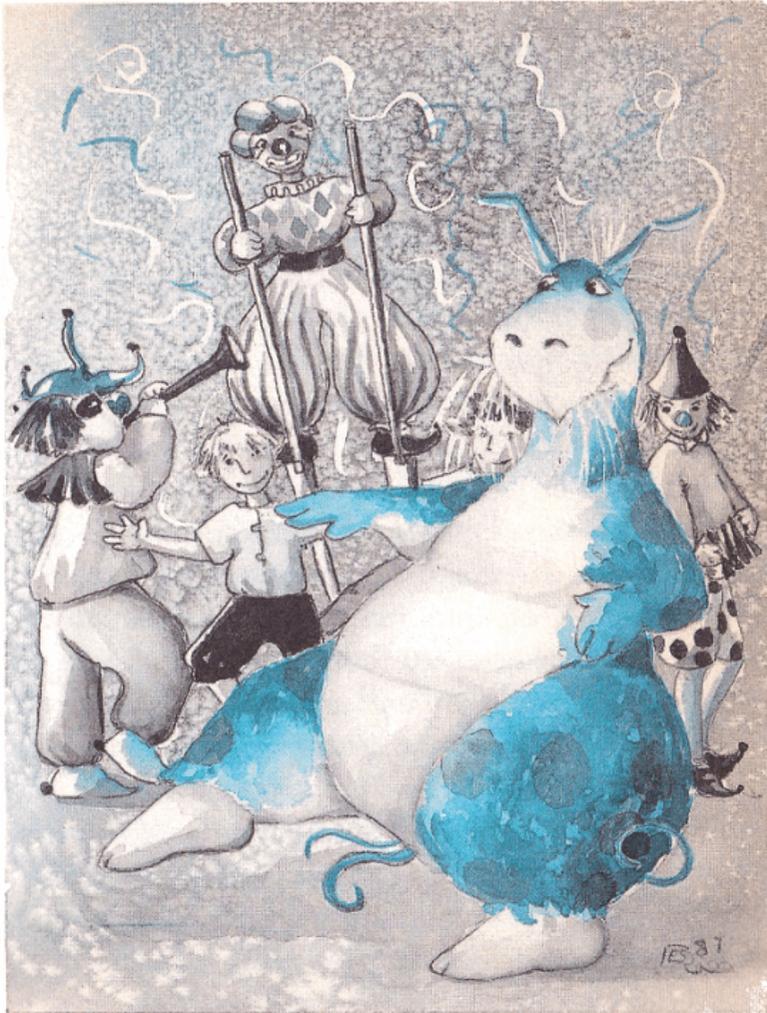
–¡Qué imitación tan perfecta! –Se oía acá y allá.

–¡Y qué realismo de movimientos!

–Yo quiero una, yo quiero una –pedía con sonsonete el caprichoso de turno.

Gracias al despiste y al equívoco general, Belinda pudo mezclarse en el alboroto, danzando y retozando como la que más. Los jovencuelos correteaban en corro a su alrededor, los niños trataban de atraparle las colas, y los mayores reían, aplaudían y animaban el jaleo.

La dragona soportaba mansamente aquel estruendo de chillidos y el incordio de zarandeos y empujones que recibía sin cesar. Todo lo admitía con entusiasmo, transformada y radiante, al verse en medio de personas que no le rehuían ni desconfiaban de su presencia. Ninguna incomodidad o trato brusco podía disminuir el gozo de lograr tantos y tan alegres amigos. Así, pasó por alto que le tiraran de los bigotes más fuerte de la cuenta, o que algún gracioso hiciera estallar petardos contra una de sus voluminosas caderas.



Cecilia y Tomás, los hijos del molinero, quisieron averiguar quiénes eran los artistas que bullían sus destrezas dentro de aquel animalón regocijante. Con soltura y decisión, se plantaron bajo la barriga de Belinda para descubrir las aberturas por las que alcanzar sus entresijos. Buscaron y buscaron un resquicio o una costura, pero la superficie rugosa era completamente continua. Cuando la

tocaron y sintieron el calor y la consistencia de la piel, estallaron en un júbilo nervioso:

–¡Es una dragona de verdad! –propagaban con grandes gritos de asombro.

–¡De carne y hueso! –repetían alborozados. Pudo haber centelleado el pánico entre la aglomeración, por lo insólito del anuncio. Pero nadie temió mal alguno de un bicho que se mostraba tan sociable y jolgorioso. Al contrario: crecieron la animación y el guirigay en su contorno. Y Belinda acabó por subir a los niños sobre el lomo, para que recorrieran su espinazo deslizándose por él como por un tobogán. Y resopló chispas multicolores que compitieron en vistosidad con bengalas y cohetes. Y ofreció su cuello y sus colas como columpios, para que se balancearan los chicos y los menos chicos.

Al caer la noche, mientras cada cual se recogía a su casa, Belinda, con potentes resoplidos y coletazos, barrió las basuras y desperdicios que quedaron en la pradera como restos del festejo. Y ya tarde, una vez que el silencio arrojó nuevamente el valle, buscó un lugar apropiado para descansar. La alfombra verde de una chopera pegada al río fue su cama natural, y una pared de adobe, medio derruida, la protegió del airecillo cortante. Se durmió muy pronto, al rumor del agua y de las hojas que aleteaban en la brisa, reconfortada por las horas felices que acababa de vivir.

Cuando la dragona resoplaba su primer sueño, dos figuras menudas se deslizaron hasta ella, y la observaron con gran atención. Eran Tomás y Cecilia, que vivían muy cerca del río, junto al molino, y que estaban decididos a ser cuidadores y defensores de aquel desmedido ser.

–Será nuestra fiera amiga –propuso Tomás.

–Nuestra amiga fiel –replicó Cecilia.

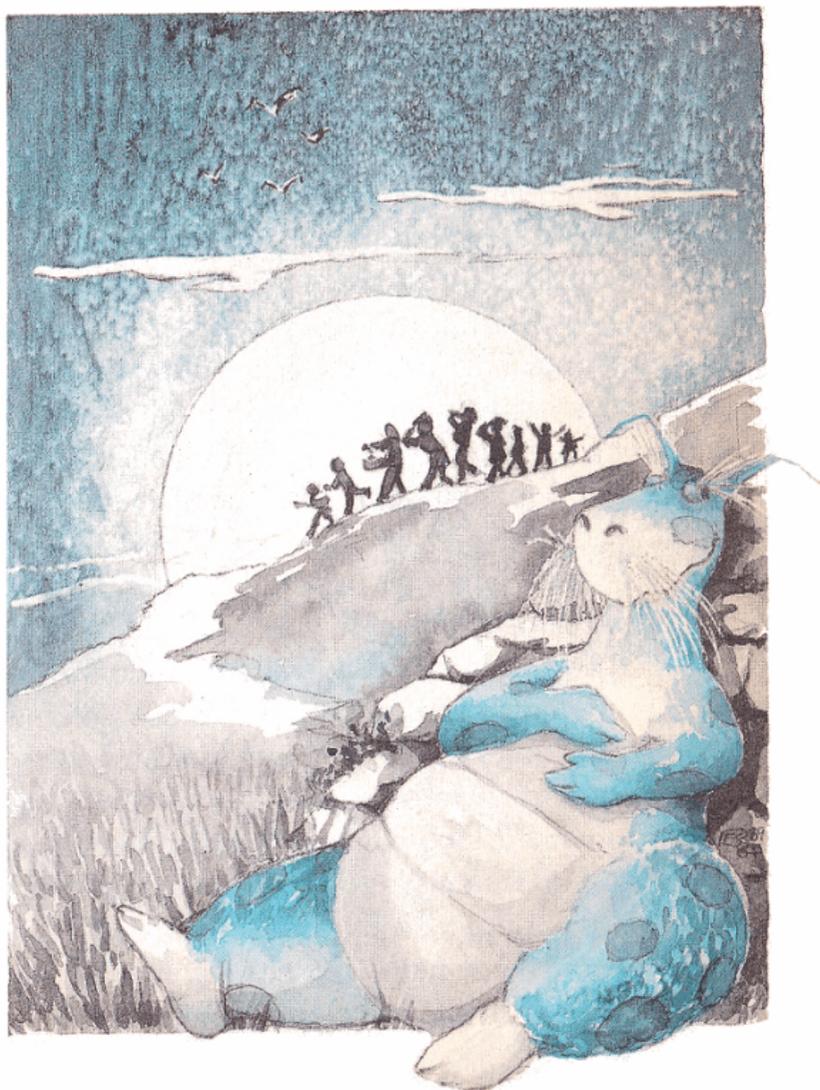
–¡¡Nuestra fiera fiel!! –coincidieron en susurro.

Contemplaron despacio y con interés el placentero dormir de Belinda, escucharon su respirar acompasado y

profundo, y se sintieron bien junto a ella. De regreso a casa, volvieron una y otra vez la vista atrás, como acariciando el descanso de su adoptada, y pagándole con cariño silencioso la ternura y el afecto que repartía.

A la mañana siguiente, ya con el sol en alto, sobresaltaron a Belinda los cosquilleos que los niños le hacían al trepar por su gran barriga, y los brillantes compases de una charanga. Buena parte de la población de Lagolargo acudía en comitiva a darle un cálido despertar. Antes de que lograra despejarse del todo, se vio con una enorme guirnalda de flores en torno al cuello, y recibió la lluvia fragante de incontables pétalos frescos que los visitantes arrojaban a puñados.

Tal despliegue de cariño y simpatía dejaba clarísimo que las gentes del lugar aceptaban de muy buen grado la presencia de la dragona. Más aún: expresaba el deseo general de que permaneciese allí, de que fuese vecina plena del pueblo. Belinda se incorporó y compuso una reverencia torpona y graciosa, que repitió hasta tres veces. Su gesto de agradecimiento fue respondido por vítores, aplausos y múltiples explosiones de cohetes.



El movimiento y el bullicio continuaron en un largo pasacalles, con docenas de lugareños brincando y bailoteando alrededor de Belinda. Incansables y vivaces, la llevaron con ellos, bordeando el río, hasta las orillas del estirado lago que daba nombre a la aldea. Allí, en la explanada de hierba fresca y mullida, la música y las danzas prosiguie-

ron, durante horas, sellando eufóricamente la nueva amistad.

Desde aquel día, Belinda comenzó a ser una dragona dichosa y feliz. Podía olvidar para siempre los desprecios y los malos tratos sufridos durante su accidentado peregrinaje por el mundo. Había encontrado, por fin, un lugar en el que no recelaban de ella, y en el que demostraría sus habilidades y su utilidad.

La valentía y buena disposición con las que Belinda fue metiendo baza en la vida y los quehaceres de la aldea despertaron la admiración de todos. Ayudaba a remover y trasladar cargas y fardos voluminosos y pesados. Derretía, con bufidos llameantes, los hielos que en invierno cubrían los caminos. Extraía del fondo del lago cualquier objeto que allí se hundiera. Abría los desfiles de las huestes del señor del lugar, don Gonzalo de Guzmán, conde de los Lagos, en torneos y encuentros de caballeros y nobles. Y se ofrecía, sin fatiga, para el transporte y el juego, haciendo de colchón neumático, tiiovivo automóvil, columpio, carruaje, balsa o trampolín. Con ese comportamiento, muy pronto mereció las máximas admiraciones y alabanzas imaginables.

2. Torpeza y adaptación

NO todo fueron soltura y alegrías en la adaptación de Belinda a la vida diaria de Lagolargo; más bien menudearon las dificultades. Tuvo que acostumbrarse a comer hierba y juncos en la orilla del río, sin destrozar árboles ni pisotear praderas o huertas. Aprendió a no pasar por puentes y pasarelas frágiles, solamente después de haber hundido media docena. Evitó bañarse en el lago cuando alguien estaba pescando, para no espantar los peces. Y consiguió reducir, no sin esfuerzo, los resoplidos de fuego en lugares secos y cerca de los pajares.

El empeño y el ahínco de Belinda por progresar y perfeccionarse en todos los aspectos de su nueva condición de aldeana contaron con la valiosa ayuda de Cecilia y Tomás. Desde los balcones de su casa o desde la ventana del molino podían ellos observar los pasos que daba, y alcanzarla de una carrera si andaba en apuros o cometía imprudencias. Así impidieron un día que varios cazadores, llegados de fuera, la hicieran su presa. O evitaron, en otra ocasión, que descuartizara unos mastines que la hostigaban con ladridos y gruñidos. Para eliminar problemas de ese estilo, lograron que el conde don Gonzalo de Guzmán dictase un bando con una orden tajante: todos sus súbditos quedaban obligados a respetar y proteger a la dragona.

Desde entonces, los cazadores no pensaban en agredir a Belinda, los pastores retenían los mastines cuando cruzaban el valle con sus rebaños de ovejas merinas, y los

caminantes perdieron su natural prevención frente a la aparente fiera.

Tomás y Cecilia idearon también la construcción de un chamizo que sirviera como mínimo refugio para Belinda en días de lluvia, nieve y viento. Con palos y cuerdas, armaron el esqueleto del cobijo ante el viejo muro de adobe junto al que la dragona dormía. Formaron las paredes con helechos y retama. Para mullir el suelo, utilizaron paja y serrín. Como anhelaban que aquello se pareciera a una casa, le añadieron una chimenea falsa, simulada por un tronco vertical que salía del techo. Y colgaron en el interior una hojuela de chapa pulida, por si Belinda quería atusarse los bigotes ante ella. Pero la dragona no le prestó casi ninguna atención. Prefería verse y mirarse, de cuerpo entero, en los lisos remansos del río o en la lámina acera-da del lago.

Al contemplarse en el agua, se movía con ademanes coquetos de baile delicado, como si admirase las increíbles siluetas que su sombra perfilaba. Esa afición la llevó a componer figuras artísticas con su corpachón y a competir en concursos de gimnasia y de danza. Siempre era recibida con calor y entusiasmo en las justas, aunque pocas veces alcanzó algún premio. No le importaba. Quedaba satisfecha con participar y poner a prueba las endebles habilidades que poseía para el equilibrio. Su mayor ilusión hubiera sido probar fortuna con el esquí acuático, pero en aquella época se desconocían semejantes adelantos.



También derrochaba Belinda voluntad en aprender lo que sus amigos le enseñaban, y en superar ciertas debilidades, como su desatada y caprichosa inclinación a los dulces. La primera vez que pasó cerca del horno de pan y pasteles, casi se marea al sentir el aroma de las ensaimadas que estaban terminando de dorarse. Galopó hasta el obrador, con ímpetus desatados, llevándose por delante

varias cercas y machacando tres carros de heno. En un soplo engulló ocho docenas de bollos tiernos y calentitos y siete mazapanes de tamaño familiar.

Roque, el panadero, se puso de uñas con ella, y la echó del patio de su casa, a golpes de rodillo de amasar. Para que la perdonase, Belinda le ayudó varios días a revolver la masa con la que se hace el pan, y a transportar sacos de harina desde el molino hasta el almacén. Roque se enterneció, y quedaron mucho más amigos que antes del ataque de glotonería. Tan amigos que él le regalaba todos los domingos unas cuantas ensaimadas recién horneadas, y ella pasaba de cuando en cuando por la panadería, y se prestaba a contribuir en lo que pudiera terciarse.

La colaboración con Roque agrandó la curiosidad de Belinda y la empujó a interesarse por otros oficios, a conocerlos de cerca. Cortó troncos con los leñadores, talló piedras con los canteros, pisó uva con los bodegueros, construyó casas con los albañiles... Con cada gremio tenía que desplegar cuidados distintos y lograba diferentes destrezas.